

La idea de lo “orgánico” en la Escritura (4)

Prof. Hanko

¿Cómo se revela Dios en la salvación de su Iglesia? ¿Qué significa que Él realiza su gran obra de salvación *orgánicamente*? Esta es la pregunta a la que nos enfrentamos ahora.

He escrito sobre la idea de la obra orgánica de Dios en un mundo de pecado, comenzando con el pecado de Adán. El pecado de Adán trajo la culpa y la contaminación del pecado sobre toda la raza humana. La muerte fue el castigo por el pecado, y todo el dolor y la tristeza que presenciamos en el mundo de hoy es el castigo de Dios sobre una raza humana pecadora. La terrible maldad de la adoración de ídolos de los paganos, la crueldad del Islam y el libertinaje de la civilización occidental se deben al desarrollo malvado del único pecado de Adán de desobedecer a Dios.

Pero no es y nunca fue el propósito último de Dios abandonar a un mundo pecador a su propia depravación. Ahora estamos hablando del consejo de Dios: Su propósito eterno en todas Sus obras. ¿Cuál es el propósito más elevado y final del Dios viviente en Su consejo eterno?

Dios es soberano en todas las cosas, ¡o no es Dios! Él hace todo lo que le agrada, y no ejerce Su soberanía sin propósito o arbitrariamente. No es inconstante en el ejercicio de Su gobierno soberano. Tampoco abdica de Su trono ni comparte Su soberanía con el hombre insensato y depravado. Él es Dios. No hay otro.

La Escritura nos dice que el propósito eterno del consejo eterno de Dios es Su propia gran gloria, la gloria de Su majestad infinita, Su santidad, Sus perfecciones, Su bienaventuranza, Su gozo supremo en Sí mismo y todas Sus virtudes como el Dios Trino. La Biblia nos dice que Él ha elegido revelar toda Su gloria de la manera más elevada posible. ¿Cuál es esta forma más elevada posible? De nuevo, según las Escrituras, la forma más elevada posible en que Dios se revela es a través de Jesucristo, Su Hijo eterno, la perfecta y plena manifestación de Dios.

Las primeras palabras de Hebreos declaran esta asombrosa verdad: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien asimismo hizo el universo; quien, siendo el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia, y sustentando todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo hecho la purificación de nuestros pecados por sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (1:1-3).

Colosenses 1:14-19 y Proverbios 8:22-36 enseñan las mismas ideas que Hebreos 1. En este capítulo tenemos suficiente verdad bíblica para ocupar todo nuestro tiempo durante toda nuestra vida. Este pasaje es tan profundo y maravilloso que nunca me he atrevido a predicar sobre él para no cometer una injusticia al hacer a nuestro Dios y a Su Cristo menos gloriosos de lo que son.

Algunas verdades obvias que se encuentran en estos tres pasajes son importantes para nosotros ahora.

El consejo eterno de Dios de revelar Su gloria deja claro que Él determinó revelarse a través de Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Cristo es el propósito del consejo, la meta del Dios que ha determinado revelarse

de la mejor y más elevada manera. Todo en Su consejo está subordinado a este propósito. Todo debe servir a este objetivo. Todo lo que Dios determinó hacer, que es todo lo que Él hace, sirve a la revelación de Su gloria en Jesús.

Cristo es, por tanto, anterior a Adán en el consejo de Dios -si se puede hablar de una cosa como “anterior” a otra, dado que el consejo de Dios es eterno, es decir, atemporal, no hecho en el marco de la sucesión de momentos del tiempo.

Que esto es cierto se desprende del propio Paraíso. Todo el jardín original representaba el tabernáculo y el templo, donde se hacían los sacrificios: el Jardín del Edén = el atrio exterior; el Paraíso mismo = el lugar santo; el lugar santísimo = el árbol de la vida.

Los animales carnívoros fueron creados con mandíbulas y sistemas digestivos aptos para comer carne, cuando no existía la muerte. El sistema inmunológico fue creado en el hombre, cuando no había enfermedad. Lo más importante de todo es que Cristo mismo fue creado en Adán y Eva, al igual que toda la raza humana, que nació de Adán y de la que Cristo forma parte.

En otras palabras, en Su creación Dios tenía otro organismo como meta de Su propósito eterno. No el organismo de la creación con todos sus suborganismos, y no el organismo de la raza humana con Adán a la cabeza, es el propósito eterno de Dios, sino Cristo que estaba destinado a ser cabeza sobre todo en este nuevo organismo a través del cual Dios revelaría Su gran gloria.

Cristo es el Hijo unigénito de Dios, que fue hecho como nosotros en todas las cosas excepto en el pecado. No tenía pecado porque el Dios Trino era su Padre y nació de la virgen María por el milagro de la concepción sin varón. El Espíritu Santo vino sobre María y “el poder del Altísimo” la cubrió con su sombra (Lucas 1:35). Era y es el Hijo del Hombre. También es el Hijo de Dios, “Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”, según las palabras del *Credo de Nicea*.

¿Significa todo esto que el primer Paraíso y el primer Adán no significan nada? No, fueron “la sombra de lo que ha de venir” y, por tanto, sirven para alcanzar el objetivo del consejo de Dios en Cristo, “el postrer Adán” (I Co. 15:45).

¿Acaso la creación original con Adán a la cabeza se echó a perder por la transgresión de Adán, de tal manera que Dios tuvo que reformular Su consejo porque Adán le hizo imposible realizar Su propósito en el Paraíso original? No, el primer Adán era “figura del que había de venir” (Ro. 5:14).

Otro punto significativo. Las Escrituras enseñan que Cristo es la única y verdadera cabeza orgánica de todas las cosas y personas de este universo. Pero Cristo es también la cabeza orgánica del cielo y de toda la creación celestial y sus habitantes, incluidos los ángeles. Esto se enseña claramente en Colosenses 1:20: “y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz por medio de él [es decir, Cristo], así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos.”

Es un versículo sorprendente. A Pablo le preocupa que los lectores de este pasaje (o los oyentes de Colosas que escucharon a su ministro leer la carta de Pablo) puedan suponer erróneamente que se refería únicamente a todo lo que está aquí en la tierra. Por eso se repite a sí mismo: “Quiero decir 'todas las cosas', y eso incluye todo lo que hay en esta tierra, pero también todo lo que hay en el cielo.” Naturalmente, esta afirmación de Pablo suscita dudas, pues Cristo murió por el PECADO, y en el cielo no hay pecado.

Pero discutiremos este problema un poco más tarde. De hecho, discutiremos toda la idea en futuras ediciones. *Prof. Hanko*